

vacíos que no puedo llenar sino con relatos tan confusos como los recuerdos que me han quedado. Por consiguiente, puedo haber cometido algunos errores y aun puede ser que en adelante los cometa acerca de hechos de poca monta, hasta la época en que tengo noticias más seguras de mi mismo; mas en cuanto á lo que verdaderamente importa, estoy seguro de ser exacto y fiel, como procuraré siempre serlo en todo: he ahí lo que se puede contar por seguro.

Tan luego como me hube desprendido del señor Le Maitre, tomé decididamente el partido de volver á Annecy. La causa y el misterio de aquel viaje habían encaminado todo mi pensamiento á procurar la seguridad de nuestra retirada, y este interés me había distraído durante algunos días de lo que me hacía volver atrás; pero, desde el momento en que la seguridad me permitió tranquilizarme, recobró su lugar el sentimiento dominante. Nada me halagaba, nada me tentaba, no tenía más deseo que el de volver al lado de mamá. La ternura y la verdad de mi cariño hacia ella habían desarraigado de mi alma todos los proyectos imaginarios, todos los delirios de la ambición. No veía ya otra felicidad que la de vivir á su lado y no daba sin dolor un solo paso que contribuyese á alejarme de ella. Así, pues, tan pronto como me fué posible, volví sin vacilar un momento. Tan rápida fué mi vuelta y tan lleno estaba mi espíritu con su idea que á pesar de recordar con tanto placer todos mis demás viajes, no tengo de éste el menor recuerdo, nada de él tengo presente más que mi salida de Lyon y mi llegada á Annecy. ¡Considérese, sobre todo, si esta última época se habrá borrado de mi memoria! Á mi llegada, no encontré á la señora de Warens: había salido para París.

Nunca he sabido bien el objeto de aquel viaje. Estoy seguro de que me lo habría dicho si yo le hubiera instado; pero no creo que tenga nadie menos curiosidad que yo por saber los

secretos de sus amigos: mi corazón, ocupado únicamente con el presente, se llena de él por completo, y, fuera de los placeres pasados, que son en adelante mis únicos goces, no queda en él un solo punto vacío para el pasado. Cuanto he podido entrever en lo poco que me dijo sobre este viaje es que, con la revolución que tuvo lugar en Turin á la abdicación del rey de Ceruena, temió quedar olvidada; y á favor de las intrigas del señor de Aubonne, quiso probar si podría obtener el mismo beneficio de la corte de Francia, donde me había dicho varias veces que lo hubiera preferido, porque el cúmulo de asuntos importantes hace que no se vea uno tan desagradablemente vigilado. Si esto es así, parece extraño que á su vuelta no le pusiesen peor cara y que siempre haya recibido su pensión sin interrupción ninguna. Muchas personas han creído que lo fué encomendada una comisión importante, ya por parte del obispo, que tenía entonces asuntos pendientes en la corte de Francia, á donde se vió obligado á ir él mismo, ya por parte de alguien más poderoso aún, que supo procurarle un feliz regreso. Lo que hay de seguro, si así sucedió, es que la embajadora no fué mal escogida y que, joven y bella todavía, tenía todas las cualidades necesarias para salir airosa de una negociación diplomática.

LIBRO CUARTO

(1731 á 1732.)

Llego, y no la encuentro. ¡Considérese cuál sería mi sorpresa y mi dolor! Entonces fué cuando empecé á arrepentirme de haber abandonado cobardemente al señor Le Maitre, y

fué mayor mi pesar cuando supe la desgracia que había caído sobre él. Su caja de música que contenía toda su fortuna, aquella preciosa caja salvada con tanto trabajo, había sido detenida al llegar á Lyon, gracias á la diligencia del conde Dortán, á quien el cabildo había hecho escribir participándole esta sus-tracción furtiva. En vano había reclamado Le Maitre lo que constituía su fortuna y su único medio de ganarse la subsistencia, el trabajo de toda su vida. La propiedad de aquella caja estaba cuando menos sujeta á litigio; pero no fué necesario. La cuestión quedó resuelta desde luego por la ley del más fuerte, y el pobre Le Maitre perdió así el fruto de su talento, el trabajo de su juventud y el recurso de su ancianidad.

Nada faltó para hacer más abrumador el golpe que recibí. Pero me hallaba en una edad en que los pesares ahondan poco, y no tardé en procurarme yo mismo algún consuelo. Esperaba tener en breve noticias de la señora de Warens, aunque ignoraba su paradero y ella no sabía mi regreso; y en cuanto á mi deserción, bien considerado, no la hallaba tan culpable. Había ayudado á Le Maitre durante su retirada, y éste era el único servicio que podía prestarle. Si hubiese permanecido con él en Francia, no le hubiera curado su enfermedad, no hubiera podido salvar su caja, ni habría hecho más que aumentar sus gastos sin poderle servir de nada. He ahí cómo pensaba entonces; ahora pienso de muy distinta manera. Cuando cometemos una mala acción no nos atormenta inmediatamente, sino mucho tiempo después, porque su recuerdo no se extingue.

Lo mejor que podía hacer para obtener noticias de mamá era esperarlas, porque ¿cómo había de hallarla en París? ¿con qué había de hacer el viaje? No había lugar más seguro que Annecy para averiguar tarde ó temprano dónde estaba; por consiguiente, allí me quedé, pero me porté bastante mal. No fui más á ver al obispo, que me había protegido y todavía

podía protegerme; como ya no tenía allí amparo, temía sus reprensiones por nuestra evasión. Menos aun pensaba en acercarme al seminario; ya no estaba allí el señor Gros. No vi á ninguna persona conocida; sin embargo, de buena gana hubiera visitado á la señora intendenta, pero no pude atreverme. Aun hice peor que todo eso; hallé otra vez á Ventura, en quien, á pesar de todo mi entusiasmo, ni siquiera había pensado desde mi salida de Annecy. Halléle radiante y festejado por todas partes; las damas se lo disputaban. Aquel éxito acabó de trastornarme la cabeza, y ya no vi otra cosa más que á Ventura, y casi me hizo olvidar á la señora de Warens. Para aprovechar mejor sus lecciones, le hice la proposición, que admitió, de partir su albergue conmigo. Estaba alojado en casa de un zapatero, hombre divertido y chocarrero, que, en su dialecto, no daba á su mujer otro nombre que el de *gorrina*, y á la verdad lo merecía bastante. Á cada momento tenían altercados que Ventura procuraba prolongar fingiendo querer apaciguarlos. Con la mayor sangre fría les dirigía con su acento provenzal algunas palabras que producian el mayor efecto, dando lugar á escenas capaces de hacernos desternillar de risa. Así pasaba sin sentir toda la mañana; á las dos ó á las tres, tomábamos un bocado; Ventura se iba á sus reuniones, donde cenaba, y yo á pasearme solo, meditando sobre lo mucho que él valía, admirando, codiciando su raro talento, y maldiciendo mi mala estrella que me negaba aquella dichosa vida. ¡Ah, qué malamente juzgaba! ¡la mía hubiera sido mil veces más hermosa, si yo hubiese sido menos simple y hubiese sabido mejor aprovecharla.

La señora de Warens se había hecho acompañar solamente por Claudio, y había dejado á Merceret, la doncella de que he hablado, á quien hallé ocupando todavía la vivienda de su ama. La señorita Merceret era una joven de alguna más edad que yo, no hermosa, pero sí bastante agradable; una buena

friburgesa sin malicia, en quien no observé otro defecto que el de ser á veces un poco rebelde con su ama. Yo iba á menudo á visitarla; era una antigua conocida que me recordaba otra más querida, lo cual me hacía quererla. Tenia varias amigas, entre ellas una ginebrina, llamada señorita Giraud, que, por culpa de mis pecados, tuvo el capricho de prendarse de mí. Continuamente rogaba á Merceret que me llevase á su casa; yo me dejaba conducir allá, porque quería bastante á esta última, y porque allí encontrábamos á otras jóvenes que no me desagradaban. En cuanto á la señorita Giraud, que me hacía toda clase de arrumacos, me causaba una aversión profunda. Cuando me acercaba á la cara su negro y seco hocico embadurnado de rapé, me acometían los más violentos deseos de escupirle; pero lo llevaba con paciencia. Fuera de esto, me hallaba perfectamente en medio de aquellas muchachas; y ya fuese para agradar á la Giraud, ya por mí mismo, el caso es que todas me festejaban á porfía. Yo en todo esto no veía más que la amistad. Después he conocido que hubiera dependido de mí el ver en ello algo más, pero no lo conocía, ni lo pensaba siquiera.

Por otra parte, las costureras, las doncellas y las tenderillas me tentaban poco; yo necesitaba señoritas. Cada cual tiene sus manías; ésta ha sido siempre la mía; y en este punto no pienso como Horacio. Pero no se crea por esto que me atraiga la vanidad de la posición y del rango, sino la tez mejor conservada, las manos más bellas, más gracia en el vestir, cierto aire de finura y limpieza en toda la persona, un gusto más delicado en el habla y compostura, vestidos más elegantes, un calzado más lindo, cintas, encajes y un peinado más lindo. Siempre preferiría la menos bonita, como reuniese mejor estas circunstancias. Confieso que yo mismo hallo ridícula esta preferencia, pero la siente mi corazón á pesar mío.

La tierra, adornada con todas sus galas, estaba cubierta de

verdor y flores; los ruiseñores, hacia el fin de su gorjeo, parecía que se complacían en reforzarlo; todos los pájaros, despidiéndose en coro de la primavera, saludaban el alba de un hermoso día de verano, de uno de esos bellos días que ya no se gozan á mi edad y que no se han visto nunca en el triste suelo donde vivo ahora⁴.

¡Pues bien! también se me presentó la ocasión de satisfacer este capricho y sólo dependió de mí el aprovecharla. Ocurrió esto una hermosa mañana después de San Juan.

Habiame alejado de la ciudad insensiblemente, aumentaba el calor, y yo me paseaba á la sombra, en un valle á lo largo de un riachuelo. De pronto oí detrás de mí pisadas de caballos y voces de doncellas que parecían hallarse en algún apuro, lo cual no las impedía reír bulliciosamente. Yo me volví, oí que me llamaban por mi nombre, me acerqué y encontré con dos jóvenes conocidas mías, la señorita de Graffenried y la de Galley, que no siendo excelentes jinetes, no sabían cómo componérselas para obligar á los caballos á pasar el río.

La de Graffenried era una joven bernesa, muy amable, que, hallándose expatriada por causa de alguna locura propia de su edad, había imitado á la señora de Warens, en cuya casa la había visto algunas veces; pero que, no teniendo una pensión como ella, había sido harto afortunada pudiendo ampararse con la señorita Galley, que, contrayendo amistad con ella, había rogado á su madre que se la tomase por compañera mientras no se encontrase medio de colocarla. La de Galley, que tenía un año menos que ella, era más hermosa todavía; tenía un no sé qué de más distinción, de más delicadeza; era al propio tiempo más niña y completamente formada, lo cual constituye el momento más favorable para una joven. Ambas

⁴ Wootton. Staffordshire.

se amaban con la mayor ternura, y el buen carácter de ambas, debía prolongar indefinidamente su amistad, si no venia á estorbarla algún amante.

Dijéronme que iban á Toune, antiguo castillo de la señora Galley, é imploraron mi socorro para hacer pasar los caballos, no pudiendo lograrlo por sí solas. Yo quise valerme del látigo; pero temieron por mí que me alcanzara alguna coz, y por ellas los saltos de los caballos. Entonces me vali de otro medio, y fué tomar por la rienda el de la señorita Galley y llevarlo así hasta pasado el riachuelo, con lo cual siguió el otro fácilmente, y yo me mojé hasta media pierna. Esto hecho, quise despedirme, yéndome como un bendito, mas ellas se dijeron algunas palabras en voz baja, y dirigiéndose á mí la de Graffenried, dijo: « Oh, no, no señor, no nos dejaréis de este modo. Os habéis mojado por nuestra causa, por consiguiente, en conciencia, estamos obligadas á facilitaros el medio de poderos secar; es preciso, si no os molesta, que vengáis con nosotras, os hacemos prisionero. » Á mí me dió un vuelco el corazón, y consulté el rostro de la señorita Galley. « Sí, sí, añadió ésta riendo al ver mi gesto azorado, prisionero de guerra; montad á la grupa de su caballo, queremos dar cuenta de vuestra conducta. — Pero, señorita, yo no tengo el honor de conocer á vuestra señora madre; ¿ qué va á decir cuando me vea? — Su madre, replicó la de Graffenried, no está en Toune, estamos solas; volvemos al anocheecer y volveréis con nosotras. »

Estas palabras me produjeron un efecto tan rápido como el de la electricidad. Temblaba de gozo al lanzarme sobre el caballo de la señorita de Graffenried; y cuando fué preciso abrazarme á ella para sostenerme, el corazón me latía con tanta fuerza que ella lo notó, y me dijo que á ella le latía también por el miedo de caerse; esto en mi posición casi era invitarme á examinarlo, mas no me atreví, y durante la travesía mis brazos ciñeron su cintura, algo apretados en verdad,

pero sin moverse un instante. Mujer habrá que al leer esto me daría de bofetones, y tendría razón sobrada.

La alegría que reinaba en esa excursión y la charla de aquellas niñas aguzaron la mía de tal modo, que, hasta la noche, y mientras estuvimos reunidos, no callamos un momento. Hallábame tan á gusto, que mi lengua hablaba tanto como mis ojos, aunque no dijese lo mismo. Solamente los breves instantes en que me quedaba á solas con una de las dos, la conversación se hacía algo más dificultosa; mas la que se hallaba ausente venia en seguida y no nos dejaba tiempo para vencer aquella dificultad.

Llegados á Toune, almorzamos, después de haberme secado. Luego fué preciso preparar la comida. Ellas, mientras hacían la cocina, besaban de cuando en cuando á los hijos de la granjera, y el pobre marmitón tenía que mirarlo tascando el freno. Habían enviado provisiones de la ciudad y tenían con qué disponer una excelente comida, sobre todo en punto á golosinas; pero desgraciadamente habían olvidado el vino. Esto no era de extrañar tratándose de una comida para jóvenes que apenas lo bebían; pero á mí me contrarió porque había contado un poco con él para animarme. También ellas lo sintieron, quizás por la misma razón, aunque no lo creo. Su alegría viva y simpática era la inocencia misma; y además ¿ qué habrían hecho de mí entre las dos? Enviaron á buscar vino por todos los alrededores y no pudo encontrarse, tan pobre y sobria es la gente de aquel país. Como ellas me encarecieron cuánto lo sentían, yo les dije que no valía la pena y que no tenían necesidad del vino para embriagarme. Ésta fué la única galantería que me atreví á decirles en todo el día; aunque yo creo que las picarillas veían muy bien que la tal galantería era una realidad.

Comimos en la cocina de la granjera, sentadas las dos amigas en bancos, una á cada lado de una larga mesa, y su huésped en un escabel de tres pies, en la cabecera. ¡ Qué comida!

¡Qué recuerdo tan lleno de satisfacciones! ¿Por qué correr desalado en busca de otros placeres, pudiendo gozarlos á tan poca costa? Ninguna de esas cenas galantes que tienen lugar en ciertas casas de París, puede compararse con aquella comida, no ya por el buen humor que reinó en ella, por la dulce alegría, sino por la misma sensualidad.

Acabada la comida, hicimos una economía: en vez de tomar el café que nos había sobrado del almuerzo, lo guardamos para saborearlo con la crema y pastelillos que habían traído; y para excitar el apetito, fuimos á poner fin á la comida comiendo cerezas en el huerto. Yo me encaramé al árbol y les tiraba manojitos de cerezas cuyos huesos me devolvían al través de las ramas. Hubo una ocasión en que la señorita Galley, avanzando el delantal é inclinando atrás la cabeza, se presentó tan bien y yo apunté con tanto acierto, que le dejé caer un manojito en el seno; ¡cuánto no nos reímos con eso! Yo decía para mi colete: «Lástima que mis labios no sean también cerezas, que de buena gana se los echaría de la misma manera.»

Así pasamos el día retozando con la mayor libertad; y siempre con la mayor decencia. No se oyó una sola frase de doble sentido, ni se dió la menor broma atrevida. Y esta discreción no nos la imponíamos, sino que surgió naturalmente; era el eco de nuestros corazones. En fin, tal fué mi modestia (otros dirán mi simpleza), que la mayor libertad que se me escapó fué la de besar una sola vez la mano á la señorita Galley. Verdad es que nuestra situación daba más precio á este pequeño favor. Nos hallábamos solos, yo respiraba con dificultad, ella tenía los ojos bajos; mis labios, en vez de encontrar palabras, no supieron hacer más que estamparse en su mano, y ella la retiró despacio luego de besada, dirigiéndome una mirada que no respiraba enojos. No sé qué hubiera podido decirle, pero entró su amiga, que por cierto en este momento me pareció fea.

Al fin se acordaron de que no convenía esperar la noche para volver á la ciudad, y sólo nos quedaba el tiempo preciso para el camino si queríamos llegar de día; así, nos apresuramos á partir, yendo en la misma forma que habíamos venido. Si yo me hubiese atrevido, habría permutado, porque la mirada de la señorita Galley me había conmovido hondamente; pero no tuve valor para proponerlo, y á ella no le correspondía. Al volver, camino de la ciudad, íbamos lamentando que se acabase el día; aunque en vez de hallar que había sido corto, estuvimos conformes en que habíamos hallado el secreto de prolongarlo por medio de las diversiones que habíamos sabido proporcionarnos.

Dejélas poco más ó menos en el mismo sitio donde nos habíamos reunido. ¡Con cuánto sentimiento nos separamos! ¡con cuán buen deseo nos propusimos volver á vernos! Doce horas que pasamos juntos, valían tanto como siglos de familiaridad. El dulce recuerdo de aquella jornada nada les costaba á aquellas amables niñas; el tierno lazo que nos unía á los tres valía tanto como otros placeres más vivos con los cuales no hubiera subsistido; nos amábamos sin vergüenza y sin misterio, y así queríamos amarnos siempre.

La inocencia de las costumbres tiene también su voluptuosidad, que bien equivale á la otra, porque carece de intervalos y es constante. En cuanto á mí, sólo diré que el recuerdo de un día tan hermoso me es más grato, más conmovedor, se despierta más frecuentemente en mi espíritu, que el de cualesquiera otros placeres que haya gozado en la vida. Aquellas jóvenes me interesaban vivamente, sin que yo mismo me pudiese dar cuenta del móvil de tan tierno afecto. No digo que, si hubiese podido escoger, hubiera dividido mi corazón entre ellas, porque me sentía algo más inclinado á la una que á la otra. Ser el amante de la de Graffenried hubiera sido mi dicha; pero me parece que, á estar en mi mano, la hubiera pre-

ferido por confidenta. Como quiera que sea, al despedirme de ellas, me parecía que ya no podría vivir sin las dos. ¡Quién había de decirme, que no las vería más en la vida y que allí morirían nuestros efímeros amores!

Los que esto lean no dejarán de reírse de mis aventuras amorosas, viendo que, después de tantos preliminares, las que van más allá acaban con un beso en una mano. ¡Oh, lectores míos, no os dejéis engañar por este solo hecho! quizás he gozado yo más en mis amores, terminados de esta suerte, que jamás podáis gozar vosotros en los vuestros, comenzando cuando menos por eso.

Ventura, que se había acostado muy tarde la víspera, entró poco después de mí. Esta vez no le vi con tanto gusto como de costumbre, y me guardé muy bien de explicarle cómo había pasado el día. Aquellas señoritas me habían hablado de él con menosprecio, y me habían parecido descontentas de saber que me hallaba en tan malas manos; esto le rebajó mucho en mi concepto, y además, todo cuanto me distrajera de ellas no podía serme agradable. Sin embargo, pronto me hizo pensar en él, y en mí mismo, recordándome mi situación. Era demasiado crítica para que pudiese seguir así. Aun cuando mis gastos fuesen muy reducidos, mi escaso peculio se agotaba, y yo no tenía ningún recurso. No se recibían noticias de mamá; no sabía qué hacer, y me oprimía cruelmente el corazón ver al amigo de la señorita Galley reducido á la mendicidad.

Ventura me dijo que había hablado de mí al señor teniente-juez, con quien me llevaría á comer al día siguiente; que era un hombre que podía favorecerme por sus buenas relaciones; hombre por otra parte de agradable trato, de ingenio, y que tenía estudios; hombre de muchas prendas, que sabía apreciarlas, y en fin un buen conocimiento; luego, mezclando, como de costumbre, las mayores frivolidades con las cosas mas se-

rias, me enseñó unas graciosas coplas, venidas de París, con aplicación á un aire de una ópera de Mouret que á la sazón se representaba. Esas coplas agradaron tanto al señor Simón (este era el nombre del teniente-juez), que quiso escribir otras, sobre el mismo tema; había dicho á Ventura que también él hiciese algunas; y éste tuvo el capricho de inducirme á mí á que escribiera otras, con el objeto, dijo, de que el día siguiente se viesen aparecer las coplas como las angarillas de la *Novela cómica*.

No pudiendo conciliar el sueño por la noche, hice las coplas como pude. Para ser las primeras que hice, salieron bastante regulares, y mejores ó á lo menos hechas con más gusto que lo habrían sido la víspera, por ser el tema una situación muy tierna, para la cual me hallaba predispuesto. Á la mañana siguiente, enseñé á Ventura mis versos, y hallándolos bonitos, se los metió en el bolsillo, sin decirme si había hecho los suyos.

Fuimos á comer á casa del señor Simón, que nos hizo muy buena acogida. La conversación fué agradable, como no podía menos de ser entre dos hombres de ingenio que habían leído mucho y con provecho. Yo desempeñaba mi papel á las mil maravillas, escuchando y callando. Ni uno ni otro hablaron de las coplas, y yo tampoco; y nunca, que yo sepa, se habló de las mías.

Parece que al señor Simón le agradó mi porte, y poco más ó menos fué todo lo que vió de mí en aquella entrevista. Me había visto ya diferentes veces en casa de la señora de Warrens, sin que fijara en mí la atención. Así es que puede decirse que de aquella comida dató nuestro conocimiento, que de nada me sirvió, respecto al motivo que me impulsó á adquirirlo, pero con el que logré otras ventajas, que me lo recuerdan agradablemente.

Haría mal si no hiciese su retrato; pues por su calidad de magistrado y por el ingenio de que se envanecía, nadie podría

figurárselo. Seguramente no tenía dos pies de estatura. Sus piernas rectas, delgadas y aun bastante largas, le hubieran levantado un poco si hubiesen sido verticales; pero las tenía oblicuas como las de un compás muy abierto. Su cuerpo no sólo era corto, sino delgado y de una pequeñez tal en todos sentidos, que difícilmente puede concebirse. Desnudo debía parecer una langosta. Su cabeza, de un tamaño regular, su rostro bien formado, noble semblante, ojos bastante bellos, parecía una cabeza postiza colocada sobre un muñón. Hubiera podido excusarse de gastar nada para vestir, porque su enorme peluca le cubría enteramente de pies á cabeza.

Tenía dos voces enteramente distintas, que se oían constantemente mezcladas en su conversación, formando un contraste que al principio hacía gracia, pero que no tardaba en hacerse desagradable; una, grave y sonora, era, por decirlo así, la de la cabeza; la otra, clara, aguda y penetrante, parecía la voz de su cuerpo. Cuando hablaba con parsimonia, escuchándose á sí mismo y sin esforzarse, podía conservar su voz grave; pero, por poco que se animase y se expresara con más energía, su acento parecía el silbido de una llave, y no podía recobrar la otra sin gran trabajo.

Con todo, á pesar de la figura que acabo de describir, sin la menor exageración, era un hombre galante, gran decididor de anécdotas y agudezas, y llevaba hasta la coquetería el ornato de su persona. Como procuraba colocarse siempre en el terreno más ventajoso, gustábale dar en la cama las audiencias de la mañana; porque al ver tan bella cabeza sobre la almohada, nadie hubiera imaginado que aquí se acababa todo. Esto daba lugar, á veces, á escenas que estoy seguro recuerda todo Annecy todavía.

Una mañana, que esperaba á los litigantes en la cama, ó mejor dicho, sobre la cama, cubierto con un magnífico gorro de dormir muy blanco y fino, adornado con dos grandes lazos

de cinta color de rosa, llegó un campesino y llama á la puerta. La criada había salido. El señor juez, oyendo llamar repetidas veces, exclamó: *Adelante*, con su voz aguda, por haber tenido que hablar un poco recio. Entra el hombre, busca de dónde proviene aquella voz de mujer; y viendo en aquel lecho una cofia, una especie de moño, quiere retirarse pidiendo á la señora mil perdones. El señor Simón, incomodado, grita en tono aun más agudo. El campesino, creyendo su idea confirmada, y juzgándose insultado, empieza á echarle pullas, diciéndole que por lo visto no sería más que una aventurera correntona, y que el señor teniente no daba muy buen ejemplo en su casa. Furioso el juez, y no hallando á mano otra cosa que su vaso de noche, iba á tirarlo á la cabeza de aquel pobre hombre, cuando llegó la sirvienta.

Aquel enano, tan desfavorecido de la naturaleza en cuanto á la figura, había sido recompensado en la parte moral; era naturalmente simpático, y él había tenido buen cuidado de cultivar y embellecer sus facultades. Aunque, según era fama, fuese un buen jurisconsulto, no tenía apego á su carrera, y se había dedicado á la amena literatura con buen éxito. Sobre todo había adquirido esa brillante superficie, ese barniz que hace el trato agradable, aun con las mujeres. Sabía de memoria todos los chistes, cuentos y agudezas publicados en colecciones, y poseía el arte de darles realce, refiriendo con interés, con cierto misterio y como cosa de la vispera, lo que había sucedido sesenta años atrás. Sabía música y cantaba con su voz de hombre que daba gusto oírle; en fin, para ser un magistrado, poseía multitud de agradables dotes. Á fuerza de requebrar á las damas de Annecy, se había hecho de moda entre ellas y le tenían atrás de sí como un mono. Hasta pretendía sus favores, y esto las divertía en extremo. Cierta señora de Epagny decía que el último favor para él era besar á una mujer en la rodilla.

Como conocía los buenos libros y se complacía en hablar de ellos, su conversación no solamente era agradable, sino también instructiva. Más tarde, cuando me aficioné al estudio, cultivé su amistad, que me era muy grata. Desde Chamberí, donde entonces me encontraba, iba á verle algunas veces; elogiaba y animaba mi emulación, y á menudo me hacía prudentes observaciones sobre lo que yo leía, que me han sido de mucho provecho.

Desgraciadamente, aquel cuerpo tan raquítico encerraba un alma en extremo sensible, y cierto disgusto que tuvo pocos años después, le llevó al sepulcro. Fué gran lástima, pues era un hombrecillo de quien empezaba uno por reirse, acabando por amarle. Aunque su vida y la mía se hallen tan poco enlazadas, he creído poder consagrarle este pequeño recuerdo, por agradecimiento, ya que de él recibí lecciones útiles.

Así que me vi libre, corrí á la calle donde vivía la señorita Galley, lisonjeándome de que vería entrar ó salir á alguien, ó á lo menos abrirse alguna ventana. Pero, nada de eso, ni un perro apareció siquiera, y todo el tiempo que allí permanecí siguió la casa tan cerrada como si hubiese estado deshabitada. Y como la calle era pequeña y estaba desierta, una persona que permaneciese en ella había de ser notada desde luego; de cuando en cuando pasaba alguno; entraba ó salía alguien de la vecindad; así es que yo me hallaba corrido; me parecía que todos adivinaban por qué estaba allí, y esta idea me atormentaba sobremanera, porque siempre he preferido á mi gusto el buen nombre y tranquilidad de las personas que me son caras.

En fin, cansado de hacer el papel de amante español, y no teniendo guitarra, tomé la resolución de irme á escribir á la señorita de Graffenried. Hubiera preferido escribir á su amiga; pero no me atreví, y además convenía comenzar por la que me había hecho conocer á la otra, y con la cual tenía mayor fami-

liaridad. Una vez escrita la carta, fui á llevarla á la Giraud, como habíamos convenido con aquellas señoritas al separarnos, siendo ellas las que me indicaron este medio. La Giraud era tapicera, y como trabajaba á veces en casa de la señora Galley tenía entrada en ella. Con todo, no me pareció muy bien escogida la mensajera; pero temí que si manifestaba mi repugnancia, lo dejaran sin proponer otra, y además no me atreví á decir que aquélla pretendía trabajar por su cuenta, pues me sentía humillado de que osara creer que yo había de considerarla como del mismo sexo que ellas. En fin, preferí admitir aquella medianera á quedarme sin ninguna, y la acepté á todo riesgo.

Á las primeras palabras, la Giraud comprendió, lo que no era muy difícil; pues aunque la misión de llevar una carta á unas jóvenes no hubiese bastado por sí sola, me hubiera descubierto la turbación y el embarazo con que le hice el encargo. Como se comprende, semejante comisión fué muy poco de su gusto; sin embargo, la tomó á su cargo y la desempeñó fielmente. A la mañana siguiente, fui á su casa volando, y encontré la respuesta. ¡Con qué ansiedad me apresuré á salir para ir á leerla y besarla sin testigos! esto no hay que decirlo; pero lo que hay que saber es el partido que tomó la Giraud, con el que demostró más delicadeza y discreción que hubiera podido esperar de ella. Conociendo demasiado que con sus treinta y siete años, sus ojos de liebre, su empolvada nariz, su voz agria y su negra piel no podía luchar contra dos jóvenes llenas de gracias y en todo el apogeo de la belleza, no quiso servir las ni hacerles traición; y prefirió perderme á ayudar á que yo fuese para ellas.

(1732.)

De algún tiempo atrás la Merceret, viendo que nada se sabía de su ama, pensaba en volverse á Friburgo; la Giraud la hizo

determinarse á verificarlo, le dió á entender que sería conveniente que alguien la acompañase á casa de su padre, y le propuso que este alguien fuese yo. Merceret, á quien yo no desagrababa tampoco, encontró la idea muy buena, y me hablaron del arreglo aquel mismo día como si fuera cosa hecha; y como no hallé nada que me disgustase en este modo de disponer de mí, consentí en ello, creyendo que aquel viaje sería á lo más asunto de ocho días. La Giraud, que no pensaba de igual modo, lo dispuso todo. Preciso fué confesar el estado de mi bolsa. No se apuraron por esto: Merceret se encargó de pagar por mí; y para resarcirla en parte, á mi ruego, se resolvió enviar delante el equipaje y que nosotros fuésemos á pie haciendo jornadas cortas, y así se hizo.

Ya me molesta tener que presentar tantas muchachas enamoradas de mí; pero como no puedo envanecerme por el resultado obtenido de todos esos amores, me parece que puedo decir la verdad sin ningún escrúpulo. Más joven y menos ladina que la Giraud, Merceret nunca me acarició con tanta viveza; pero imitaba el tono de mi voz y mi acento, repetía mis palabras, me prodigaba las atenciones que yo hubiera debido usar con ella, y, como era muy miedosa, procuraba siempre que durmiésemos en un mismo cuarto; identidad que se limita á esto raras veces entre un joven de veinte años y una muchacha de veinticinco.

Sin embargo, esta vez á esto se redujo. Tal fué mi bobería que á pesar de que Merceret nada tenía de desagradable, no se me ocurrió siquiera en todo el viaje la menor tentación, ni la menor idea que remotamente pudiese despertarla, y aun cuando se me hubiese ocurrido semejante pensamiento era incapaz de aprovecharlo. Yo no comprendía cómo podían llegar á acostarse juntos un joven y una muchacha, y me parecía que se necesitaban siglos para preparar una cosa tan terrible. Si la pobre Merceret creyó resarcirse del gasto que le ocasionaba, se

llevó buen chasco, y llegamos á Friburgo tal como habíamos salido de Annecy.

Al pasar por Ginebra, no fui á ver á nadie, pero casi me sentí enfermo al llegar á los puentes. Jamás he visto las murallas de esa dichosa ciudad, nunca he entrado en ella sin sentir una especie de desmayo procedente de un exceso de enterrecimiento. Al mismo tiempo que elevaba mi alma la noble imagen de la libertad, las de la igualdad, de la fraternidad y de la dulzura de las costumbres me conmovían hasta arrancarme lágrimas y me inspiraban un dolor intenso por haber perdido todos aquellos beneficios. ¡Cuánto me equivocaba, pero, cuán natural era mi sentimiento! Creía ver todo esto en mi patria, porque lo llevaba en mi corazón.

Habíamos de pasar por Nyón. ¡Cómo no ir á ver á mi padre! Si hubiese tenido valor para hacerlo, hubiera muerto de remordimiento. Dejé á Merceret en la posada y fui á verle á todo evento. ¡Ah, qué poca razón tenía en temerle! Á mi llegada, abrió su corazón á los sentimientos paternos de que estaba henchido. ¡Cuántas lágrimas derramamos abrazados! Al principio creyó que volvía al hogar paterno, pero yo le manifesté mi resolución, después de contarle mi historia. Combatióla débilmente, haciéndome ver los peligros á que me exponía, y me dijo que las locuras más cortas eran las mejores. Por lo demás, no tuvo siquiera la intención de retenerme á la fuerza, y creo que en esto hizo muy bien; pero, á la verdad, no hizo cuanto pudo para obligarme, ya fuera juzgando que no debía volver después del paso que había dado, ya porque se encontrase embarazado para saber qué podría hacer de mí á la edad que á la sazón tenía. Después he sabido que se formó una opinión injusta de mi compañera de viaje, y que estaba muy lejos de la verdad, pero que era muy natural.

Mi madrastra, buena mujer y algo meliflua, aparentó querer que me quedara á cenar. Yo no accedí, pero les dije que á la

vuelta pensaba detenerme un poco más en su compañía y les dejé en depósito mi hatillo, que había venido por el barco y me molestaba. Partí á la madrugada siguiente satisfecho de haber visto á mi padre y haber sabido cumplir con mi deber.

Llegamos á Friburgo con toda felicidad. Hacia el fin del viaje, disminuyeron un poco las atenciones de Merceret, y después de nuestra llegada no me manifestó más que frialdad. Su padre, que no nadaba en la abundancia, tampoco me hizo una gran acogida, y me fui á un bodegón. Al día siguiente fui á verles, me invitaron á comer, y acepté. Nos separamos sin derramar una lágrima; por la noche volví á mi figón, y me marché á los dos días de haber llegado, sin saber á punto fijo adonde pretendía ir.

He ahí otra circunstancia de mi vida en que la Providencia me ofrecía precisamente lo que yo necesitaba para ser dichoso. Merceret era una buena muchacha, no encantadora, ni hermosa siquiera, pero tampoco fea; poco vivaracha, muy razonable, que si bien tenía ratos de mal humor, se desahogaba llorando y nunca tenían consecuencias borrascosas. Me quería de veras; hubiera podido casarme con ella sin trabajo y seguir el oficio de su padre,⁴ que mi afición á la música me hubiera hecho agradable, y me hubiera establecido en Friburgo, ciudad de poca importancia, nada hermosa, pero habitada por muy buenas gentes. Indudablemente habría perdido grandes placeres; pero habría vivido en paz hasta el fin de mi vida; y yo debo saber mejor que nadie que no hay que vacilar en esta alternativa.

Partí, pero no fui á Nyón, sino á Lausana. Quería satisfacer mi anhelo de ver el hermoso lago que desde allí se descubre en toda su extensión. La mayor parte de los secretos motivos de mis determinaciones no han sido más sólidos que éste en

⁴ Rousseau no dice que oficio era éste, pero da á entender que era el de músico.

ninguna ocasión, pues las miras muy lejanas raras veces son capaces de hacerme adoptar una resolución. La incertidumbre del porvenir me ha hecho mirar siempre los proyectos de ejecución lenta como señuelos para mayor engaño. Yo me entrego á la esperanza como otro cualquiera, mientras nada me cueste alimentarla; pero si es preciso una prolongada molestia, ya no soy hombre para ello. El placer más insignificante que se ofrece á mano me atrae más que los goces del paraíso. Exceptúo, sin embargo, los placeres que traen aparejado el dolor; éstos no me tientan, porque sólo me agradan los placeres puros, y jamás se obtienen tales cuando se sabe que han de ir seguidos del arrepentimiento.

Sentía una necesidad grande de llegar á un lugar ú otro, cualquiera que fuese, y el mejor era el más cercano; pues habiéndome extraviado en el camino, al anochecer me encontré en Moudon, donde gasté lo poco que me quedaba, exceptuando diez creutzer, que volaron al día siguiente para comer; llegado por la noche á un lugar cercano á Lausana, entré en un mesón sin tener un sueldo con que pagar mi alojamiento y sin saber lo que sería de mí. Tenía un hambre atroz; procuré poner buen semblante y pedí de cenar como si tuviese con qué pagar de sobra. Me acosté sin inquietarme, me dormí tranquilamente y al día siguiente después de haber almorzado y pedido la cuenta, quise dejar la chupa en prenda por siete batz á que ascendía. El bueno del mesonero lo rehusó y me dijo que, á Dios gracias, nunca había desnudado á nadie; que no quería empezar por cuestión de siete batz, que guardase mi chupa y que yo le pagaría cuando pudiese. Su bondad me conmovió, pero no tanto como debía y como después me ha conmovido al recordarlo. No tardé mucho en enviarle el dinero y las más rendidas gracias por medio de una persona segura; pero cuando, quince años después, volví á pasar por Lausana, á mi vuelta de Italia, tuve un verdadero sentimiento por haber olvidado el